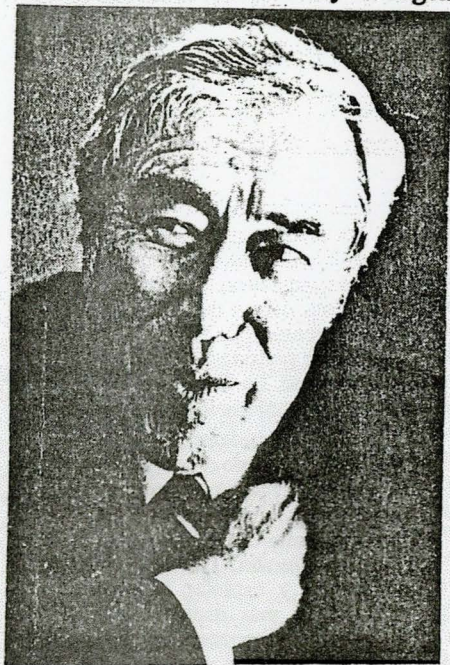


Ciertos indicios sugieren que, al menos en literatura, Portugal y España vuelven a tender ciertos lazos que no siempre estuvieron cortados. Muchas de las intervenciones en el encuentro de escritores de ambos lados del Tajo que se ha desarrollado en Madrid durante esta semana han insistido en el tópico de la mutua indiferencia y la urgencia

del contacto, pero en las bambalinas la tónica fue de complicidad e intercambio de ejemplares. No siempre viejos, por lo demás. En las últimas temporadas, escritores de ambos países han sido traducidos. Dos de los portugueses más significativos del momento, Lidia Jorge y José Cardoso Pires, acaban de publicar en España.



ULY MARTÍN

José Cardoso Pires.

JOSÉ CARDOSO PIRES

El tono de la explosión

PEDRO SORELA, Madrid

José Cardoso Pires cree en la tesis según la cual toda novela que no tenga un *tono* está condenada a estrellarse —como el ángel que cae desde el cielo en la primera página de su novela *Alexandra Alpha* (Circe)—, pero somete la teoría a todo tipo de arriesgados experimentos. Quizá ese espíritu de narrador aventurero sea un asunto de energía: expira mucha este hombre de 64 años que tiene aspecto de camionero a punto de jubilarse y es uno de los más conocidos novelistas de su país.

“Si una novela no tiene un tono, que puede ser diverso, que puede ser la con-

fluencia de tonos contradictorios, que puede ser un conjunto de tonos que se niegan entre sí, entonces es que la novela no tiene unidad, y lo fundamental es la unidad”. Así las cosas, la unidad de *Alexandra Alpha*, su tono, es el de una explosión en la que confluyen un considerable número de voces, historias que no terminan en sí mismas, y personajes que a lo mejor contienen a su contrario y a la vez pueden parecerse a su vecino. Basilio Losada, el traductor, se quejaba: “Ha sido difícilísimo”. La dificultad no ha debido de ser tanto a causa del lenguaje como de los múltiples espejos y laberintos: un personaje, por ejemplo, habla de forma distinta por la mañana que por la tarde, y las historias se expresan de una forma clásica o moderna (como un guión) según lo requiera su naturaleza. Y todo ello en un tono.

El ángel cae

Cardoso Pires es uno de los poquísimos escritores profesionales de la península —esto es, que viven de ello—, tras haber hecho un recorrido que podría ser el de algunos de sus colegas: director literario de una editorial (Arcadia, desaparecida tras la Revolución de los clavetes), profesor de literatura (*visiting professor* en el King's College de Londres, escritor invitado en la universidad de Londres) y periodista (director tres años del *Diario de Lisboa*). Sus libros han ganado varios premios. Vive en Lisboa pero para escribir se traslada a un piso en la playa, a unos 15 kilómetros (no en la dirección de Estoril, el barrio elegante de la ciudad), al que no va en verano. Desde hace 20 años, viaja con frecuencia a España, ha traducido a Cervantes y habla correcto castellano.

También él se apresura a negar supuestas influencias de escritores suramericanos del realismo mágico, como es común a todos los que practican cualquiera de sus variantes. Su novela comienza en Río de Janeiro con la caída de un ángel que se hace papilla contra el suelo, y sólo cuando

comienzan a llegar fieles en peregrinación al lugar del prodigio nos enteramos de que el ángel es en realidad el joven chófer de una agencia de publicidad que fue abatido a tiros cuando planeaba sobre Río en un ala Delta. El joven deja un niño huérfano y una viuda que no lo es, Alexandra Alpha, imagen central de la novela. "Lo fantástico no es más que una reorganización de los dados", dice Cardoso Pires. "Para conseguirlo sólo es necesario transformar las relaciones entre las cosas".

Es un hombre amable, Cardoso, que esconde detrás de su afabilidad un espíritu solitario. Ni siquiera estudiaba en los cafés, de joven, lo cual en su época era en Lisboa una rareza. (El ruido ha cambiado el paisaje y hoy lo raro sería poder estudiar en ellos. También en el hotel de lujo de Cardoso hay que forzar la voz).

"Hay un cierto onanismo en el escritor. Escribir no es más que una larga conversación solitaria con un lector ideal que no existe, y que en parte es una proyección del autor. Algo parecido al adolescente que se masturba mirando la fotografía de una mujer ideal que tampoco existe".

LIDIA JORGE

La teoría del apagamiento

P. S., Madrid

El estudio de Lidia Jorge en Lisboa tiene ventanas al naciente y al poniente, y a veces ve cómo el sol se levanta y luego se acuesta y ella todavía no se ha levantado. Escribe. Siempre que le ocurre eso es porque está escribiendo, y su concentración puede llegar a ser peligrosa: en uno de los trances en que escribió *La costa de los murmullos* (Alfaguara) —casi un mes de verano—, fue a la playa un par de veces y sufrió dos accidentes. Se abstrae, deja de lado sus otras personalidades de profesora o madre y, aunque desconoce lo que llama *la angustia de la página en blanco*, es entonces cuando con mayor nitidez ve "venir la catástrofe. Bellísima, pero catástrofe de todas formas".

A sus 42 años, Lidia Jorge sostiene la teoría del *apagamiento*. "La idea de que, para cada generación, el mundo se acaba en el silencio, en lo invisible. Lo único que nos puede salvar es la palabra". Por eso se conmovió hasta las lágrimas —es fácil creerlo porque sus ojos de color improbable parecen tener vida propia— al escuchar al Narrador de *Cielo sobre Berlín*, de Wenders, decir algo así como: "Comprendo que el mundo está a punto de terminar,

pero escribiré mis historias hasta el fin". "Siento que perteneczo a un gran coro de voces", dice; "no existen los escritores *mayores*, sino un conjunto, cuyos miembros representamos a los muchos que no encontraron las palabras".

Historias de soldados

Algo de esta teoría del *apagamiento* se encuentra en *La costa de los murmullos*, la única novela de Jorge traducida al castellano de momento (otra saldrá en breve), pues los murmullos de los que habla no son más que el tercer escalón en el ineluctable proceso del olvido. Lo aprendió de niña, en su casa familiar del Algarve. Enfrente vivía un veterano de la Gran Guerra que contaba a la niña lo que cuentan los soldados: historias de heroísmo, detalles de miseria, recuerdos de prisioneros. Después de morir el soldado vio que sobre las ruinas de su casa construían otra. Intuyó para siempre que cada generación se expresa en frases y luego en palabras a las que suceden murmullos, hasta que finalmente la silencia el olvido.

La costa de los murmullos compone diversos puntos de vista de la memoria en torno a una boda de portugueses blancos —el novio, militar— en un punto del África colonial y en lo más alto de aquella guerra de liberación fantasmal que nunca fue reconocida por la metrópoli, y en la que Lidia Jorge hizo de esposa de un oficial. "En la prensa leíamos sobre los muertos de Viet Nam, pero no sobre los nuestros".

Lidia Jorge usa una tinta especial para escribir a sus amigos, con minuciosa y delgada caligrafía, pues le preocupa que la vida profesional termine por secuestrarla. "Una cosa que la vida literaria me ha robado es el placer de las amistades sencillas, no pragmáticas", dice Lidia Jorge, en un francés correcto que habla mejor que el castellano, y éste, mucho mejor que el portugués de casi cualquiera de los escritores españoles; detalles reveladores.

La entrevista ha de continuar en la calle de Alcalá porque un funcionario de la cafetería del Círculo de Bellas Artes comunica que para tomar fotografías hay que pedir permiso, y cuando éste se pide, otro funcionario comunica que también se necesita entrevistar. De modo que Lidia Jorge se ruboriza cuando los transeúntes intentan averiguar a quién entrevistan y fotografían. Es lo que lleva peor, comenta, las fotos. Su éxito le permitiría ya vivir de sus libros —enseña pedagogía de la literatura—, pero no quiere arriesgarse a escribir porque se lo pide un editor.



Lidia Jorge, en la calle de Alcalá.

ULY MARTÍN